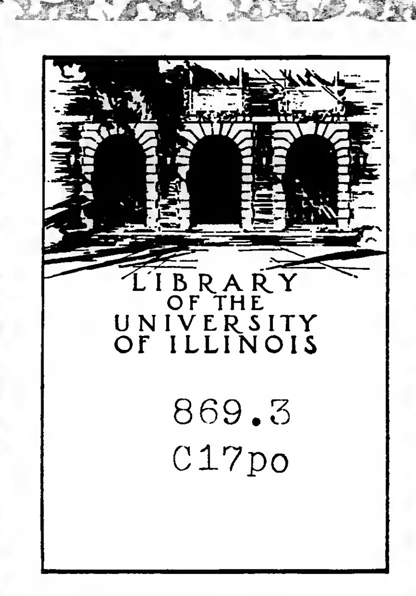
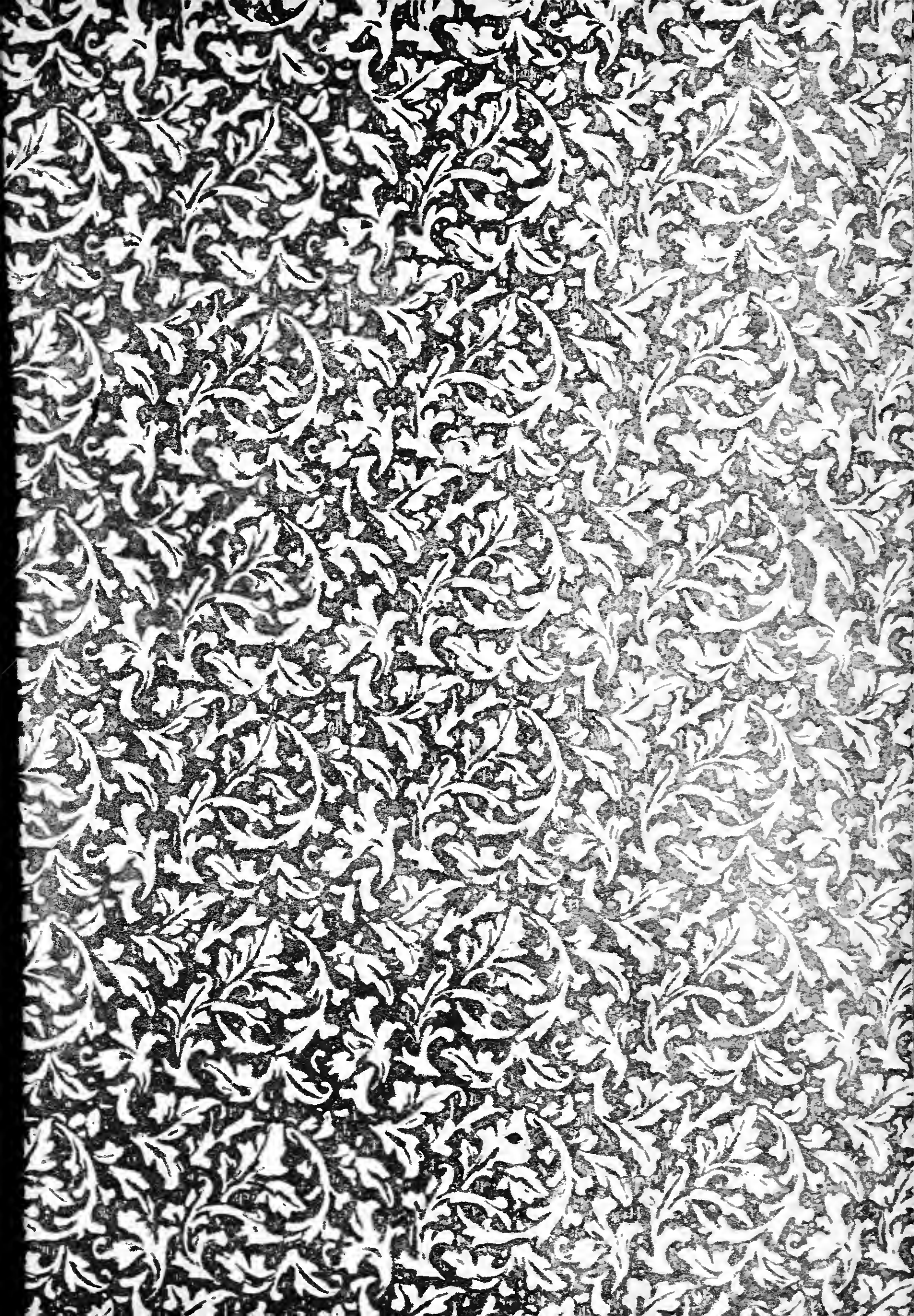




ARTVRO CAPDEVILA

EL POEMA DE NENVFAR

ILVSTRACIONES DE OCTAVIO PINTO



EDICION DE "NOSOTROS" BVENOS AIRES

OBRAS DE ARTURO CAPDEVILA

Poesía :

Jardines Solos (agotado). . . 1911

Melpómene (id.). . . 1912

Altos Estudios :

Dharma 1914

ARTURO CAPDEVILA

EL POEMA DE NENÚFAR

DIBUJOS DE OCTAVIO PINTO

BUENOS AIRES

Sociedad Cooperativa «Nosotros», Libertad 543

MCMXV



Casa Editora «Imprenta Argentina»—Dean Funes 152—Córdoba

A MANUEL GÁLVEZ, HIJO.

I

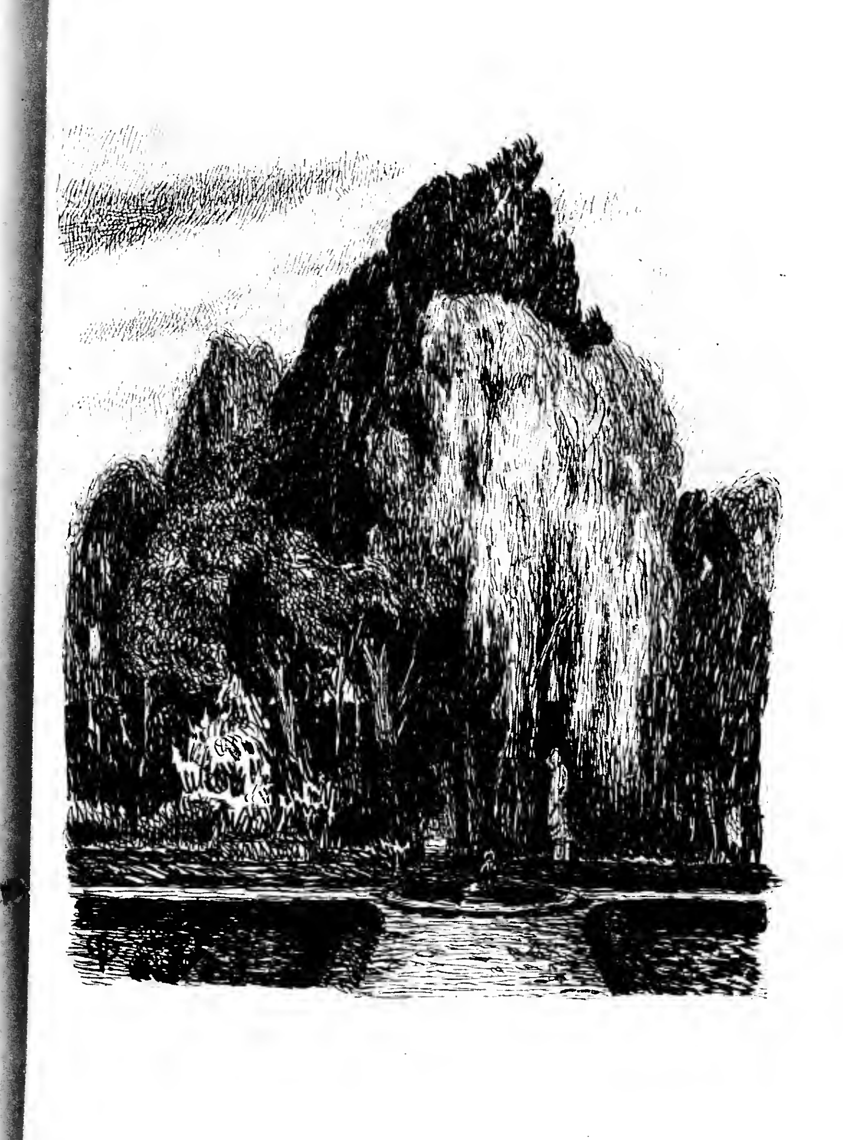
Esto pasó en el campo...

Todavía parece que en la noche escuchara
el fa de los follajes y el la del agua clara.

RINCÓN DE JARDÍN

Todavía parece que en la noche escuchara
el fa de los follajes y el la del agua clara.

RINCÓN DE JARDÍN



Esto pasó en el campo, rico de olor a mieses,
al protector auspicio de los más dulces meses.
Todavía parece que en la noche escuchara
el fa de los follajes y el la del agua clara.
Todavía, si quiere, mi recuerdo se moja
de rocío, jugando saltarín de hoja en hoja,
como un pájaro loco, por aquel nogal viejo,
vegetal y tranquilo señor de mi consejo...

Yo volvía de un largo paseo a la montaña,
—hoy mismo cierto dejo montañés me acompaña—
cuando, lleno de rosas el delantal fragante,
apercibí a Nenúfar, a la buena, a la amante,
a la cordial Nenúfar que fué la compañera
de mi vida en aquellos días de primavera.
Cuando me vió Nenúfar pasar tan por delante
del jardín, vino a prisa, rosada, vacilante,
pues siempre que el destino me ponía a su lado,
temblaba y vacilaba lo mismo que un pecado...

Yo detuve en la senda mi alazán altanero.
Ya teñía las nubes con su arrebol primero
la tarde de oro muerto; ya rumbo a su cabaña
cada zagal subía cabras por la montaña;
y ya, como sollozos que vienen desde lejos,
venían con la brisa esos rumores viejos
del campo, sordos, lentos y vagos y llorosos,
rumores como leves suspiros temerosos,
en cuya urdimbre tenue la inmensidad se esconde,
zumbando y susurrando sin que se sepa en dónde...

Y me contó Nenúfar que estaba triste. Cómo?
Tiene tristeza el alma sonriente en que yo tomo
mi vino de alegría? Siente tristeza aquella
princesita del campo, noble como una estrella?
Y me contó que éstos eran días fatales;
se habían marchitado más de cinco rosales;
cobraban color mate los céspedes someros
en el húmedo y blando borde de los canteros,
y al pie de las acacias, o bien a las orillas
del seto daban pena las hojas amarillas.

Así se atormentaba por todos sus fracasos
y al jardín descendía, en todos los ocasos,

a recontar las flores, por ver si había menos.
Y temblaban sus manos y temblaban sus senos,
con tan ingenua gracia y con modos tan sabios,
que un beso por respuesta me cosquilleó en los labios.

Y como había muchas, muchas flores de menos,
y como al recordarlo le temblaban los senos,
Nenúfar me pedía toda frágil e inquieta,
toda en rubor teñida, que yo que era poeta,
que yo que era distinto de los hombres perversos,
en vez de aquellas flores le regalara versos.

Pobre Nenúfar! ¿Quiere, Nenúfar que le ofrende
mi verso tarde a tarde, por ver si así le enciende
nuevas rosas el viejo rosal de sus amores?
Bien, Nenúfar, no sufras por tus marchitas flores.
Yo vendré tarde a tarde, cuando se apague el día,
a traerte algún fresco ramo de poesía...
Espérame en el banco de tu jardín, mañana.
Ya casi me ha olvidado mi musa, la pagana;
mas con mirar tus ojos entre esta luz ambigua,
renacerá en mi pecho la condición antigua;
y bien que será cosa memorable y serena
improvisarte versos, aquí, sobre la arena.
Gloria a los versos! Gloria a los versos profanos!
¡Y Nenúfar sonriendo me besaba las manos!

Pobre Nenúfar! Ella guardó bondades tantas,
que el sol y las estrellas me la quisieron bien.
En los tranquilos días vivió para sus plantas...
Oh, las amaba mucho, y un poco a mí también...

II

A la luz del divino crepúsculo...

La luz se iba volviendo más vaga, más incierta,
más íntimas las flores, la tarde más desierta,
más penetrante y hondo el olor campesino,
más fantástica y triste la curva del camino.

JARDÍN DE CIPRESES

La luz se iba volviendo más vaga, más incierta,
más íntimas las flores, la tarde más desierta,
más penetrante y hondo el olor campesino,
más fantástica y triste la curva del camino.

JARDÍN DE CIPRESES


OCTAVIO PINTO

A la luz del divino crepúsculo violeta,
Nenúfar me esperaba con ansiedad secreta.
Reclinada a la verja del jardín bien amado
tenía una tristeza pueril de haber llorado.
Yo ví tan fácilmente todo esto en sus pupilas,
como quien halla helechos en las aguas tranquilas.
Primero, la fijeza de sus ojos atentos
me reveló una duda de oscuros pensamientos,
hasta que su mirada vaga expresó esta cosa:
¡Quién fuera simplemente como la mariposa!
Después, su traje negro sin adorno ninguno
delatábame un trance de veras importuno:
Bien se sabe que en toda ocasión donde hay citas,
nunca falta algún chisme trivial de margaritas...
Lo confesó ella misma:
—Cuando Nenúfar viste
de negro, no preguntes, Nenúfar está triste.
Y cuando en una tarde como ésta eso le aviene
es porque meditaba si viene o si no viene...
uno que siempre tarda cuando se le da cita...
hasta que al fin le dijo que no la margarita.

—Y por esa mentira tan frívola has llorado!
—Oh, no!
—Por qué lo niegas! Tú ves, me lo ha contado
todo el jardín. No adviertes? Los claveles más vivos,
de triste que te vieron se han puesto pensativos.
Y bien, por qué llorabas?
Ella no me responde,
pero entre mis cabellos un largo beso esconde.
¡Qué locura, Nenúfar, la de tus labios bellos!
Quieres besarme y dejas tu beso en mis cabellos!
No ves que el envidioso céfiro que te ha visto,
ya me ha robado el beso que de tu amor conquisto?
Otra vez que me beses, Nenúfar buena y loca,
evitarás el caso, besándome en la boca.
—Tú no has perdido nada, me respondió, por eso...
Al lado de otros besos, qué ha de valer mi beso!

Y así surgió una duda sobre mi galanía.
Nenúfar, a la fácil luz de su fantasía,
me contempló triunfante de amor en los salones.
A mi voz se rendían todos los corazones...
Citas a medianoche, diálogos suspicaces,
aventuras por una confusión de disfraces...
Acaso un misterioso duelo en lejana playa,
y como siempre alguna dama que se desmaya.

Magníficas princesas de glorioso abolengo
hacían, por buscarme, viaje afanoso y luengo.
Yo, en tanto, con un gesto fatigado y mohino,
decía: Mis señoras, seguid vuestro camino...
—Oh, dioses! No, Nenúfar, en noches y en auroras
me enfermó siempre el tedio de las vacías horas;
si bien por el sendero donde tan mal anduve,
ante algunas mujeres un punto me detuve.
Primero fue la prima, la que no falta nunca,
porque cualquier historia sin ella queda trunca.
Esta cándida novia lleva la media corta
y sueltos los cabellos, pero eso nada importa:
Que nadie sufra dudas ni una objeción deslice...
La familia lo sabe, y la madre lo dice...
Después fue sólo un ebrio mariposeo loco
de flor en flor; un néctar libado poco a poco.
Una encontré, recuerdo, que fue tal vez perfecta;
pero yo no era entonces como la línea recta.
Rectitud,—proclamaba—me angustias, me perturbas,
yo voy como los soles en permanentes curvas.
Hasta que un día vino la pasión verdadera
y me clavó sus garras sobre la vida entera:
amor que fuera un ave de llamas, cuyo vuelo
es como un jeroglífico en el nocturno cielo;
amor brujo, amor brujo, amor de abracadabra;
amor que no se explica con ninguna palabra,
pues tan absurdo es este misterioso episodio
que no puede saberse si es amor o si es odio.

Después sopló un gran viento; quedó el amor proscripto.
El viento alzaba arenas como el khamsín de Egipto;
de suerte que en mi mundo de piedra y de inscripciones
—si fueran piedra escrita mis viejas emociones—
nadie sabría nada de mi pasado yerto.
¡Todo estaría bajo la arena del desierto!

Ahora es un instante de augurios halagüeños;
todavía me vienen a acariciar los sueños,
y como ayer a veces me quedo pensativo,
mirando una hoja seca, sufriendo sin motivo.
Esto yo me confieso que es amor. Cuando llueve
y un aire todo fino las blandas frondas mueve,
de la primera tarde de mi ilusión me acuerdo.
Y tú vieras entonces qué dulce es el recuerdo!
Aquel ramo... la hora... lo que ella dijo... todo
revive en el silencio del corazón, de modo
que estoy como aquel día de nuevo al lado de ella,
y mi esperanza es grande, y mi existencia es bella!

Mientras de mi amorosa ventura hacía alarde,
se atenuaba en penumbras el cielo de la tarde;
el río, no lejano, daba su arrullo claro
como concreta pena del campo en desamparo;

y en las ondas del viento, fragante de albahacas,
llegaban los profundos mugidos de las vacas.
La luz se iba volviendo más vaga, más incierta,
más íntimas las flores, la tarde más desierta,
más penetrante y hondo el olor campesino,
más fantástica y triste la curva del camino...

Después, recuerdo a penas...—tan grave fué mi anhelo,
tan romántico estuve de nostalgia y de amor—
recuerdo que Nenúfar, con vago desconsuelo,
decía buenas noches, y me daba una flor.

III

Aquella vez, me acuerdo. . . .

Aquella vez, me acuerdo, — ¡qué pasatiempo inútil! —
mientras era la tarde un tejido inconsútil
de seda gris fimbriada de perlas, dos gitanas,
ambas morenas como la piel de las manzanas,
llegáronse a los setos del jardín. Gruesos aros,
empolvados del polvo de cien caminos raros,
prolongaban en curva dorada sus orejas;
el manto les hacía tangente a flor de cejas,
y en sus ojos una ebria mirada anochecía
con ese oscuro y triste dón de la profecía...

Ellas nomás quisieron leer en nuestras manos
los divinos secretos, los destinos arcanos.
Amén, amén. No todo sea ciencia en la vida,
que haya también un poco de alba recién nacida.
Amén, amén. Que tenga el ensueño su hora,
como quien dice, tenga cada día su aurora.
Amén, amén. Que se abran cielos en lontananza,
como quien dice, tenga cada alma su esperanza.

¡Oh nómades gitanas que aman a los pastores
y saben las miserias de los grandes señores!
Los niños, al mirarlas, cabizbajos y tiesos,
se quedan escrutando problemas bien aviesos;
se agrandan sus pupilas, se conturban sus rasgos,
y por la noche sueñan con brujas y con trasgos.
Pero también por obra de gitana adivina
suele volver al alma la ausente golondrina,
o a causa de su dicho que a veces alboroza
quiébrase el claro y fresco cántaro de la moza...

Y así fue. Suavemente, diría con desganos,
la de ojos más profundos me tradujo las manos.
Yo me lo sé; la línea vital no da buen signo;
de trecho en trecho nótase algún punto maligno,
que es peligro de muerte, según reza mi trazo:
la muerte llegaría en un pistoletazo...
Mas la gitana afirma que por nada me inquiete:
tengo el mágico anillo y el doble brazalete,
sin que falte siquiera la línea saturniana
que significa honores, si esta ciencia no es vana.
Mi corazón da un rasgo muy hondo. Quién olvida,
que el amor es la cosa más grave de mi vida?
Tanto que me ha tornado su esclavo, de tal suerte
que por él sufriría persecución y muerte.
Junto al dedo de Apolo hay el monte y la línea
que comprueban de sobra mi afición apolínea.

El llano de la luna que asume en quiromancia
por cierta ley oculta singular importancia,
muestra que de los males lunares estoy libre,
con tal de que Mercurio no me desequilibre...
También se ve muy claro que por extraños mares
anduve, y que buen viento me reportó a los lares,
como en verdad se advierte que en época vecina
he de gozar de nuevo la plenitud marina.
En el campo de Venus una gran red confusa,
raya a raya me inculpa, raya a raya me acusa,
de antiguas noches malas...No diréis que es mentira,
caricia de la zorra, besos de la hetaíra...
Así mi oculto sino la quiromancia entiende,
según la ciencia persa de la bruja y del duende.

De Nenúfar dijeron:
¡Ay de la historia mala
del poeta que le hace versos a la zagala!
Bueno será que sepas que es tu mejor amiga;
sólo con tu presencia su pena se mitiga;
cuando no estás, se pasa contando, horas por horas,
el tiempo de no verte, los siglos que demoras.
Ella bendice el beso traidor con que la hieres,
pero no debe amarte porque tú no la quieres.
Y agoraron de nuevo: ¡Ay de la historia mala
del poeta que le hace versos a la zagala!

Y nada más. Nenúfar con un poco de asombro,
dobló la blanca frente, la reclinó en mi hombro.
Después, interrumpiendo su lánguido mutismo,
me dijo: Nada importa, yo te amaré lo mismo.
Y al sentir en sus ojos cierta lágrima helada,
dijo aún: No hagas caso, esto no importa nada.

Yo no sé cuánta inmensa necesidad de olvido
me contagió su llanto, pero de cierto sé
que me alejé temblando de aquel jardín querido,
cual de jardín ninguno jamás me alejaré.

IV

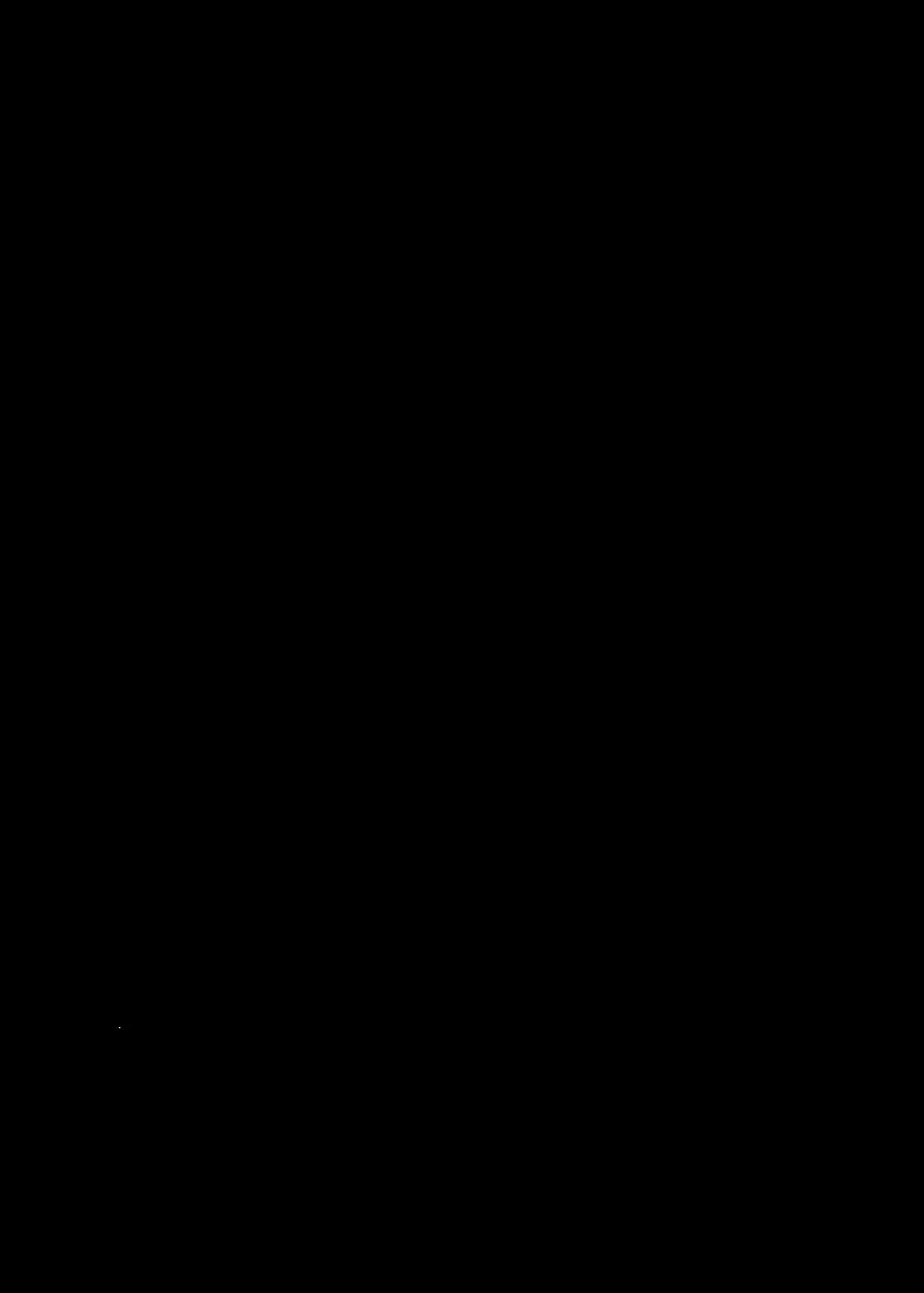
Aquel día partimos hacia el bosque . . .

Aquel día partimos hacia el bosque.
—A la par galopaban los caballos.—
A galope cruzamos todo el valle
hasta la vega que remata el prado.
Vistió Nenúfar una negra falda;
—la falda y la chaqueta eran de paño.—
El chambergo de fieltro le cubría
un tanto el rostro por el sol dorado.
En cómoda elegancia de amazona,
todo era en su actitud correcto y claro.
De vez en vez su diestra acariciaba
las recias crines del nervioso zaino.
Por ver lo que ella hiciera, traicionero,
fustigábale el anca a su caballo,
que aceleraba el ritmo del galope,
dando un resuello retozón y cálido.
Así se apresuraban los corceles,
picando el suelo con los duros cascos,
lustrosos los pescuezos y el respiro
un poco fatigoso y resoplado.

Cuando, traspuesta la vecina loma,
vimos abierta la amplitud del campo,
íbamos ya en carrera desbocada,
mudos, alertas, imponentes, pálidos,
siempre listos los látigos de mimbre,
brillante la mirada, adivinando
apenas los objetos, todo apenas:
las aspas del molino, los ojazos
del buey, la ordeñadora; todo trunco:
un pedazo de casa y otro de árbol;
un mundo del fragmento en que uno mismo
se vuelve contrahecho y fragmentario...
Y siempre el golpe de los cascos duros,
un ruido monorritmo y matemático,
mientras detrás sin duda se abultaba
polvareda tenaz de polvo gualdo.

Cuando entramos al bosque por la calle
de los añosos pinos, fuimos cautos.
Bajo aquella frescura de arboleda
proseguimos la marcha, paso a paso.
Nenúfar sonreía, corrigiendo
sus revueltos cabellos alocados,
y la propia fatiga le animaba
en subido rubor el rostro ufano.

Daba gloria el buen bosque aquella tarde!
Refrescaba las sienes y los labios,
cierto aroma silvestre que brotaba
del seno azul de los oscuros [illegible]





¡Daba gloria el buen bosque aquella tarde!
Refrescaba las sienes y los labios
cierto aroma silvestre que brotaba
del seno azul de los oscuros pastos.
Dados a celebrar nuestra aventura,
iban tan a la par nuestros caballos,
que sin pensarlo me incliné hacia ella
y al cuello suave le enlacé los brazos.
La besé en las mejillas. Todavía,
en los atardeceres del verano,
me trae blandamente su recuerdo
fresca ilusión de saborear duraznos.

Yo ignoro cómo se extravió la ruta.
¿Nos confundió la línea de los álamos?
En el fondo del bosque se borraba
la senda, en el crepúsculo rosado...
Se apagaba la tarde en los ramajes,
entre la sinfonía de los pájaros
y una acequia vecina reflejaba
a girones el cielo anaranjado.
Oh miedos de Nenúfar! Qué diría
el abuelito de cabellos blancos,
el abuelito ciego, de los ojos
color violetas en donde ha nevado!
Cerró la noche. Suavidad de luna
resbaló por los pinos y los plátanos.

Ya era seguro. Se extravió la senda.
Nos confundió la línea de los álamos.

Rumor de hojas y rumor de aguas
rompían el silencio solitario;
hasta podía distinguirse el simple
ruido que en el arroyo hace el guijarro.
Como en los cuentos infantiles dimos
en disfrutar la compasión del árbol.
Merendamos así fruta espontánea
recién cortada de los verdes gajos.
Nenúfar, en la sed, dábame agua
en el hueco fragante de sus manos.
A la apacible sombra nemorosa,
tres días y tres noches se pasaron.
Como el visir de la leyenda antigua
yo entendía el idioma de los pájaros.
Cuando Nenúfar reposaba, yo era
el centinela de su sueño manso;
y si al fin me dormía, el más ligero
rumor me despertaba en sobresalto.
Castidad fraternal me ungía el cuerpo
y me santificaba las dos manos;
fraternal castidad que me venía
yo no sé si del pájaro o del árbol,
o bien de las estrellas, o bien puesto
que el pudor indefenso es más sagrado.

Tanta fue la excelencia de mi geórgica,
que al evocar mi trance virgiliano,
cobran relieve estas dos cosas buenas
que son, por su bondad, las que más amo:
Que Nenúfar solía darme el agua
en el hueco moreno de sus manos,
y que una noche, contemplando el cielo,
ví bajar el silencio de los astros.

V

Todo vuelve, Nenúfar afirmaba . . .

A DON ALEJANDRO SORONDO.

Todo vuelve,—Nenúfar afirmaba
en el boscaje, religiosamente—
todo vuelve; tú ves, tras la colina
se pone el sol pero mañana vuelve.
Considera el suceso de las hojas,
lo mismo en el rosal que entre los céspedes;
nada importa que el frío las marchite,
luego vendrá el calor que las renueve.
Vuelve la golondrina que se ha ido
por el temor de las cercanas nieves;
vuelven todas las aves, día a día,
al despuntar de los amaneceres.
El buen amor, el buen amor renace.
El que sufrió por su ilusión ausente
y hasta pensó:—Mi desengaño es como
un incurable mal que me da muerte;
de pronto ha de sentir que todavía
sabio será que el corazón espere.
Yo conozco de oídas esta dulce
tristeza vaga del amor que vuelve.

Cuando el pastor, armado de su honda,
con su piedra vibrante el aire hiende,
por mucho que a lo azul suba la piedra,
no dudes nunca que la piedra vuelve.
Sube la polvareda en el camino,
no bien pasa el rebaño o el jinete;
el campo seco está color tabaco,
bien requemado en el verano ardiente;
pero deshoja el viento de la noche
una esperanza en la quietud campestre,
como diciendo que la vida es buena,
como quien dice que la lluvia vuelve!

Yo por esto descubro que las cosas
no se mueren jamás, sólo se duermen.
Por esto digo:— Hasta mañana, muertos.
Hasta mañana, amigos. Nada muere.
Todo vuelve; las cosas van y tornan,
las almas de los muertos van y vuelven.

Nenúfar se quedó muy pensativa,
sacerdotal, hierática, solemne.
Del fondo de sí misma le brotaba
su precisa noción de alma vidente.

Profundizando así su infusa ciencia,
dijo:
—He vivido no sé cuántas veces!
Atrás...atrás...yo veo un campo seco...
Hay una sequedad que me da fiebre;
sopla un viento de fuego que sofoca
todo en el polvo gris se desvanece.
Allá lejos, debajo de unos lotos,
arrastra limo viejo un río verde...
En vano arrastra limo verde el río...
En vano bajan a beber los bueyes...

Pero he aquí la voz de unos pastores,
cantando:— Río verde, río verde,
ya se fue el río verde; río rojo
bajo los lotos consagrados viene...
No sé qué más. Yo estoy con los pastores,
y el agua roja en ola hinchada crece,
yo estoy con los pastores, y ellos cantan
en loor de sus dioses y sus reyes.

—Egipto, don del Nilo, yo medito...
Egipto...Nilo rojo...Nilo verde...
Cómo sabe Nenúfar estas cosas!

Dónde vió el elefante color nieve!
Cómo probó el sabor de la manzana!
Dónde escuchó la voz de la serpiente!

Profundizando aún su infusa ciencia,
dijo:
—He vivido no sé cuantas veces!
Ha venido a las tiendas un viajero,
que me mira en los ojos dulcemente,
que me mira en los ojos mientras guío
ovejas del lugar para que abreven...
Junto al pozo de piedra está el viajero...
Cáele hasta los pies, manto de pieles
Condúcenle a la casa de mi padre
que está rodeado de varones fuertes...
Yo estoy temblando en mi estupor...De pronto,
mi padre exclama:—Hijo, ciertamente,
tú naciste en el lecho de mi hermana,
y carne mía y hueso mío eres....
Yo soy la novia del recién venido...
No bien se acerca a mí, laten mis sienes...
Hasta la noche de las dulces bodas,
pasáronse siete años y otros siete...

—Jacob...Raquel... comento al escucharla.
Todo el relato plácido del Génesis...
Moisés dice también, como Nenúfar,
que pasaron siete años y otros siete...

Noches después, yo medité:—Nenúfar
ha escuchado la voz de la serpiente...

Ha mirado en la paz de su pureza...
En la pureza está la fuente alegre...

Ha bebido del agua que brotaba,
del agua que brotaba de la fuente...

Ha encendido su lámpara en la sombra
porque halló el fuego azul con que se enciende.

A la luz de la lámpara encendida,
se ha mirado en el agua de la fuente...

VI

Adiós, tardes felices del jardín . . .

Adiós, tardes felices del jardín. Adiós, flores
que fuisteis ciertamente mis amigas mejores.
Mintiendo que iba en busca del vellocino de oro,
partí con mi pureza, que es todo mi tesoro,
y ya desde muy lejos, desde un desierto mudo,
os mando mis tristezas y os mando mi saludo.

Acaso me han vencido traiciones de la vida...
No sé...Ni qué me importa! Restañaré mi herida,
y a manera de ascetas, macerándome el seno,
me arrepentiré mucho por haber sido bueno...
Pero ¡ay! del que mañana provoque mi osadía.
Cansado de servirte, pobre virtud vacía,
en mi escudo la frase taliónica campea:
¡Ojo por ojo y diente por diente en la pelea!

Pero mal buscaría cumplir con mi amenaza.
Mi enojo, poco a poco, en perdón se adelgaza;

luego me brota un agua de piedad con que mojo
la fiebre de mis iras, las brasas de mi enojo.
Y en esto al fin la clave de mi rencor estriba:
céniza azul debajo y un poco de humo arriba...

Ah, Nenúfar, tú santa, tú misericordiosa,
tú la sombra del árbol, tú el olor de la rosa,
no me culpes mi ausencia desde tu pensamiento;
culpa dos alas negras de un implacable viento;
soy la hoja en la racha, nada más que la hoja,
el vendaval me lleva, el huracán me arroja;
yo tiemblo en el espacio; mi pequeñez perfila
apenas una sombra que en el silencio oscila.
Y todo esto muy lejos de tí, mi bondadosa
sombra de árbol, mi fácil perfume a nardo y rosa.

Cuando al azar recuerdes mi mal de peregrino,
pide por que no sea muy áspero el camino;
pide por que no encuentre jamás un caminante;
que me prolongue estepas el yermo por delante,
ya que afrontar un hombre grave peligro encierra
de hacer chispear espadas y ensangrentar la tierra.

Vergüenza para toda la infame raza humana!
Desde la frente joven hasta la frente anciana;
desde el hombre que ríe hasta el hombre que llora
desde el necio que ofende hasta el torpe que implora,
desde el puño que siembra hasta el puño que tala,
desde el malo que es uña hasta el bueno que es ala,
todos, Nenúfar, todos, completamente todos
son una enorme mancha de sombras y de lodos!

Mientras más me aventuro por caminos sin nombre,
más me descorazona la condición del hombre:
¡Con inhóspito exceso, tal como un viejo muro,
brota humedad la cueva del corazón oscuro!

Oh, qué amargas, Nenúfar, estas horas; qué amargas
estas las horas densas, estas las horas largas
de pensar en la vida y en la muerte y en tanto
enigma pavoroso, misterio sacrosanto...

Ojalá que retornen los añorados días!
En tu jardín las horas van pasando tardías.
El ruido de las hojas, con su quejumbre vieja
es en verdad hermana voz que nos aconseja;
mientras plácidamente, diáfanas y sonoras,
como un agua de arroyo van pasando las horas...

Y tus flores, Nenúfar, estarán todas buenas?
Qué hacen las margaritas? Qué hacen las azucenas?

Mira tú cómo evoco todo el jardín! Primero
viene a mi mente aquella soledad del sendero,
que lleva hacia la gruta del parque ; luego el claro
chorro de aquella fuente que brota entre el amparo
de las tupidas frondas; después aquella selva
de laureles y aquellas guías de madreselva
que trepan por la verja, todas en flor. Te acuerdas?
Allá cerca está el banco donde las horas lerdas
pasábanse...Te acuerdas, te acuerdas bien? Y miro
desde mis pensamientos cada feliz retiro,
cada rincón dichoso, cada pueril escena,
cada son, cada aroma, cada bien, cada pena...
Jardín, que así el recuerdo romántico atesoras,
hoy me parecen cofres de sándalo tus horas!

Mas lo que me atormenta de una sutil manera
es ver que, tarde a tarde, se va la primavera.
La vuelta en el invierno! Esto sí que es bien triste,
porque el invierno es daño que en soledad consiste;
soledad que nos viene de las hojas caídas,
de los nidos vacíos, de las aguas dormidas;
soledad de ramajes doblados por las rachas,
entre la gris llovizna que desmenuza hilachas...

Una fatal nostalgia me hace morir. ¡Oh penas,
oh penas infinitas de estar lejos de ti!
Y tus flores, Nenúfar, estarán todas buenas?
Dales muchos recuerdos si preguntan por mí.

VII

Con los estudiados modos . . .

Con los estudiados modos
de un trovador tierno y mago,
vuelvo a cantarte por fin,
Nenúfar mejor que todos
los nenúfares del lago
del jardín...

Un rosal, Nenúfar, hubo;
rosal que marchito estuvo,
bien marchito por su mal.
Serenas y milagrosas,
¡cómo renacen las rosas
del rosal!

Hubo hace tiempos un puro
y limpio arroyo que andando
y andando, se fue por fin.
Hoy ha vuelto por lo oscuro
del bosque y está besando
tu jardín.

Ven a ver, bajo la luna,
cómo te amo en el lirismo
de esta nocturna canción;
soy el mismo, por fortuna,
de otro tiempo y tengo el mismo
corazón.

Hubo un pájaro en la selva,
pájaro que cierto día
se voló.
A la selva el canto vuelva
porque el pájaro, alma mía,
ya a la selva retornó.

Así canto en la noche. La soledad oscura
me da pena. La luna se esconde en el pinar.
Yo sólo sé que sufro, porque en verdad quién sabe
si a las palabras mías su amor responderá!

He venido a caballo por los caminos solos
—el revólver al cinto, en mi pecho mi afán—;
sobre alfombras de luna mi corcel galopaba...
He despertado muchas alondras al pasar.

Y Nenúfar, jazmines? Y Nenúfar, claveles?
Qué ha sido de su vida? Dónde por fin está?
¡Cuántas cosas pasaron en esta misma senda,
la senda de los lirios que hacia la gruta va!

Noche de primavera, noche de viento quedo,
noche profunda, cómo considero de bien,
que no debí alejarme de su amor, que la vida
no debió ser tan mala como conmigo fue.

Y me vuelvo a caballo por los caminos solos,
—el revólver al cinto, en mi pecho mi afán—
y allá en las arboledas que dan a los caminos,
voy despertando muchas alondras al pasar.

VIII

Pero al caer la tarde . . .

Pero al caer la tarde como en esos
crepúsculos pasados,
me encaminé al jardín de álamos tiesos
en torno a los estanques sosegados.

Yo preguntaba de ella:
Zagal, no me la viste, por ventura?
Y tú, qué es lo que sabes, viento amigo,
que vienes de jugar por la espesura?

Tú nos viste por fin, amigo viento,
y comprendiste que un presentimiento
acaso horrible nos unió las bocas...

No cuentes nunca, viento,

qué triste fue el destino
de darse un beso así, junto a las rocas
del camino...

IX

Una tarde, me dijo . . .

Una tarde me dijo, comentando una historia:

Bueno es sembrar de sabios ejemplos la memoria,
para aprender que en todos los trances de la vida
se debe ser prudente como un agua dormida;
ser simple, ser sereno, ser grave, ser tardío,
que eso es tener profundos remansos como el río.
Bien pobres esas pobres almas que tanto anhelan,
esas almas con alas, esas almas que vuelan!
Son pájaros errantes que van por el desierto:
Imitemos al pájaro, pero al pájaro muerto...

Y tú—dijo—sé firme, sé fuerte. Yo quisiera
que tú fueses más firme; que cuando yo me muera
mi recuerdo te guíe junto a los corazones;

que en mi nombre trabajes, que en mi nombre perdones,
que en mi nombre protejas las cosas y los seres,
que en mi nombre bendigas y que en mi nombre esperes.

X

Y al fin tuve un anuncio . . .

Y al fin tuve un anuncio que me llenó de espanto.
Volviendo por la senda que orilla el camposanto,
noté que por la tapia, dominando el instante,
saltó una cabra negra de aspecto alucinante.
Aquella cabra negra, que andaba con cautela,
tenía un misterioso aire de centinela.
Aquella cabra negra, como cumpliendo un rito,
cobró cierto prestigio satánico y maldito;
tanto que ahora mismo mi calma desintegra
el lúgubre recuerdo de su silueta negra,
al evocar, en fácil aparición macabra,
los brazos de las cruces, los cuernos de la cabra...

XI

En la escondida gruta del parque . .

En la escondida gruta del parque donde un día
fuimos dichosos, vemos caer la tarde mustia.
Las manos de Nenúfar abrigo entre mis manos
y me contagio en ellas de una incurable angustia.

Entre tanto, una tenue llovizna espolvorea
un agua silenciosa que forma vagos nimbos,
vagos nimbos de perlas en las vanas
corolas de los últimos corimbos.

Pobre Nenúfar! digo, con un presentimiento
tan triste de perderla, que me vuelvo cobarde.
Ella comprende y dice: Tú ves cómo anochece.
Es justo que en la vida también caiga la tarde.

XII

Con las últimas rosas . . .

—Con las últimas rosas—me decía—
la dulce muerte truncará mi mal.

—Vivid eternamente para ella,
¡oh, postrimeras rosas del rosal!

—Cuando renueven hojas estos verdes
pinares, cavador, ponte a cavar.

—Que viva eternamente para ella
sin renovar las hojas el pinar!

—Cuando mueran las buenas mariposas
vendrá la hora plácida por fin.

—¡Vivid para ella eternamente, oh buenas
mariposas errantes del jardín!

—Cuando tornen las húmedas violetas,
por mí preguntarán. Qué les dirás?

—¡ Haga Dios que no torne el viejo invierno
con sus violetas húmedas jamás!

—Palidecen mis manos....Palidecen
mis mejillas... Muy pronto moriré.

—¡ Haga Dios que ella viva, y en sus cielos
una estrella de amor le encenderé!

—Quiero que abran mi tumba en la montaña.
Así cerca de Dios me dormiré.

—¡ Haga Dios que ella viva, y en sus cielos
dos estrellas de amor le encenderé!

—Adiós tus versos de las tardes idas,
en cada atardecer, junto al rosal !...

—¡ Llorad por ella, milagrosos versos
de cada atardecer primaveral!

—Cuando se cierren mis pupilas como
dos violetas, ya no te veré más.

—Cuando se cierren como dos violetas,
nunca, ya nunca nos veremos más!

—Aunque me veas yerta, piensa y dime,
piensa y dime: Mañana volverás.

—Aunque tú me lo digas, nunca, nunca,
nunca, ya nunca nos veremos más!

XIII

Inconcluso episodio . . .

¡Inconcluso episodio de juventud florida!..
Fué bien hecho? Mal hecho? Yo pregunto porqué.
Qué es eso de la muerte, qué es esto de la vida!
Oh, soledad inmensa!.. Oh, cosas que no sé!...

XIV

Ciprés: sé bueno . . .

Ciprés: sé bueno. Luna: sé mansa.
Viento: sé leve, ¡qué más te da!
Nadie la turbe mientras descansa.
Tal vez mañana despertará.

VERSOS QUE ESCUCHO NENÚFAR:

EN LAS TARDES SERENAS . . .

EN LAS TARDES GRISES . . . .

EN LAS ÚLTIMAS TARDES . . .

EN LAS TARDES SERENAS

DÍSTICOS DE AMOR

En el album de Teodora de Laferrère.

Das amor lo mismo que el rosal da rosas,
y así vas pasando las horas ociosas.

Amor que recuerdas y amor que adivinas...
del amor viniste y al amor caminas.

Ya tu amor maldice, ya tu amor perdona;
pero siempre es cierto que amor te alecciona.

En vano te enojas con su tiranía.
Primero el elíxir el mago hallaría!..

No impedirá nunca ningún amuleto,
la voz misteriosa que te habla en secreto.

Y así mientras pasan las horas ociosas,
das amor lo mismo que el rosal da rosas.

Pero estás seguro, amante gazmoño,
si al fin cuando soplan los vientos de otoño,

el rosal no mueve las ramas tediosas,
diciendo, diciendo: Para qué dí rosas?

CANCIÓN DE PRIMAVERA

Mes de los lirios, mes de las rosas,
mes armonioso del ruiseñor:
vuelvan al parque las mariposas
y cada una tendrá una flor.

Yo no creía que retoñara,
y estoy de fiesta, y ahora doy
fresco murmullo de fuente clara...
Ni sé quién era, ni sé quién soy.

Aquel tormento y aquella historia
y aquel delirio, todo pasó;
todo se aleja de mi memoria...
La selva entera refloreció.

Un tiempo dije: No quiero flores,
pasa florista, no me las des;
que tenga flores quien tenga amores.
A mí me sobra con mi ciprés.

Y ahora digo con ansia rara:
Dulce y amiga la vida es,
ceñidme flores... La fuente clara
canta que canta bajo el ciprés.

Cuando yo dije la estrofa aquella,
la estrofa amarga que ella escuchó,
creyendo acaso que era para ella,
con toda el alma mentía yo.

Ahora digo: Que el duelo acabe.
Flores os pido, rimas os doy;
ya soy dichoso... Pero ella sabe
que hoy más que nunca mintiendo estoy.

ASÍ

Por qué he escuchado tu filosofía!
Tú dijiste: Tus rosas son tempranas,
y la rosa es mejor cuando es tardía.

Así, escuchando tu filosofía,
yo arranqué mi rosal de mis ventanas,
el buen rosal que en mi ventana ardía.

Hoy he visto, al pasar, rosas tempranas
en tu balcón donde hasta ayer no había.

Vé lo que valen tus palabras vanas,
vé en lo que para tu filosofía!

FIESTA MARINA

A David Linares, hijo.

En esta noche hay fiesta a bordo,
fiesta en la nave y en el mar.
Sobre el mar cruza un rumor sordo,
tiempo tal vez del verbo amar.

Y asperja perlas en las brumas
finas la luna especular,
y entre las pálidas espumas
que son magnolias que abre el mar.

El capitán color de fresa,
que es un gentil lobo de mar,
empezó ya la polonesa
con donoso aire militar.

Síguenle todos en comparsa
dando una risa familiar.
Nada más raro que esta farsa
entre el son trágico del mar!

Alguna pena, sin motivo
mayor me viene a acompañar,
y hasta me pongo pensativo
viendo noctílucas del mar.

Pero es feliz la mascarada,
mientras en blando navegar,
toda la nave bien amada
vuela banderas hacia el mar.

FUMANDO Y SOÑANDO...

A Alberto Viñas.

Esta sería la mujer, sin duda:
tiene razón mi cigarrillo de opio.
Para hundirse a soñar son sus cabellos,
para morir de amor sus labios rojos.
Con su boina de seda y su tapado
de lana blanca sin ningún adorno,
con su blusa rayada y su corbata
de Irlanda es lo mejor que viene a bordo.
Hay vaga lejanía en la negrura
medio azulada de sus grandes ojos,
y habla un inglés que es un inglés más claro
que el simple murmurar de los arroyos.
Si danza, cruza y se desliza blanda
como las olas de la mar del trópico,

y es suave y tiene el ritmo de los cisnes:
el ritmo de los cisnes amorosos.
Nada más leve entonces en la danza
fina y sentimental de un valse undoso,
que asirle la cintura con la diestra
y con la izquierda acariciarle el hombro.
Esta sería la mujer, sin duda:
tiene razón mi cigarrillo de opio.
Pero qué hago de aquélla que se filtra
en agua de recuerdo en mis antojos,
o que es a modo de arenilla rosa
que da en mis cribas sus pepitas de oro,
y que ahora nomás, mientras divago
en el rincón que envuelve el humo blondo,
se dibuja en el aire que amortigua
el vano olor del cigarrillo de opio!..

ORACIÓN A DIONYSOS

Oh, si enfermo y dolido
no estuviera en mi mal arrinconado,
cómo me alegraría mi latido
en este lento atardecer dorado!

Me saldría a los campos, coronado
de mirtos y jacintos;
ó dejárame estar aletargado
en el jardín en flor de mis instintos.

Al pie de un templo de severos plintos
haría baile y rondas,
con bailarinas de enjoyados cintos
y finas vestes de flotantes blondas.

Me bañaría en las rizadas ondas
del río, junto al saucedal anciano,
en soledad de frondas
y de agua simple que murmura en vano.

Y como tengo corazón pagano,
—trébede áureo en que mi sangre arde—
haría un verso sano
en detallado elogio de la tarde.

Después sería, amada, el tierno alarde
de amarte aunque me rindas
en floja lasitud y ya muy tarde,
a besos largos y a palabras lindas.

Porque en verdad tus labios como guindas
daríanle a mi labio,
el beso familiar con que me brindas
un vino dulce, alucinante y sabio.

Un vino dulce donde hay un resabio
de envenenadas cubas,
pues no bien bebe el lujurioso labio
ya sabe que alguien le embrujó las uvas.

Oye, Dionysos: Si a mi bien coadyuvas,
te juro por tus lúbricos centauros,
que he de ofrecerte mis mejores uvas
y mis mejores lauros.

DIONYSÍACA

Oh, parral del instinto! A la siesta he llegado,
y en la siesta he bebido y en la siesta he soñado.
Yo sentí el maleficio con que a los hombres pierdes,
a la sombra violeta de tus pámpanos verdes.
Con címbalos y flautas y tambores sonantes,
faunos inquietos daban música a las bacantes,
que en ronda, poco a poco, al compás de la orquesta
me iban poniendo toda la oscura carne en fiesta.
Doncellas hubo, amigos, que al cabo fatigadas,
con el seno anhelante y las sienes rosadas,
reían fresco y claro porque el viejo Sileno
acompañaba el baile con ademán obsceno.
¡Evohé!.. Bien me acuerdo de esta voz de alegría:
¡evohé!.. Bien me acuerdo que el eco repetía
¡evohé! por el bosque circundante, y que en coro
cantábamos, ya ebrios: ¡Evohé, sol de oro!

Vino azul, vino rojo, vino de nobles vides
me alegraba los labios y me instigaba ardides.
Así mi amor obtuvo las sutiles maneras
que hay otros que no aprenden ni en muchas primaveras.
A veces, con un modo campesino y sencillo,
soplaba en la armoniosa caña del caramillo,
y era entonces mi asombro que, sin lección ni clave,
diera yo al viento tanta música buena y suave.
Y bien haya aquel ritmo de anapesto y de yambo
en que dije en la fiesta mi mejor ditirambo.
Desde aquel día tienen gloria mayor las cubas,
pues dí la buena nueva del culto de las uvas;
tan bien que llevé un tiempo en las sienes gloriosas
corona dionisíaca de pámpanos y rosas.

Pero en verdad, hermano, yo olvidé mi destino,
oscurecí mis horas y renuncié al camino.
Hermano, ojalá nunca mi misma senda huelles,
ni te den besos tibios entre caricias muelles,
ni carcajees bajo la máscara grotesca,
ni digas: Dadme vino que el vino me refresca.
Mas si perdiste ahora, cual yo perdí, la ruta,
y en ansiedad tardía tu corazón se enluta,
que tengas más fortuna que yo, que el bien te abone,
que vuelvas al camino, que tu dios te perdone...

FLOR DE ESPERANZA

Cuando me cure de mis heridas
y de estas viejas llagas de amor,
empurpuradas y adoloridas,
vendrá el soñado tiempo mejor.

Vendrá la amada, la amada nueva,
según el mago me la anunció.
Será tan pura, que diré: Nieva...
O ya amanece... O amaneció...

—Hermana, lee, lee estas prosas,
abre este libro que sabio es.
Mira qué dice sobre estas cosas
el salomónico Eclesiastés.

—Hermano, espera. Qué cosas dice!
Gotas de aljófar derrama así.
Aquí parece que te bendice...
que dice: Bueno. Que dice: Sí...

EL TEMA ETERNO

En el album de María Julia Balmaceda.

Y bien, mis señoras, en charla insinuante
tratemos el viejo tema del amor,
como si ésta fuera velada galante
habida en la corte de un rey trovador..

¿Será el amor, digo, dulce adivinanza
propuesta en un tono sereno y pueril,
como quien pregunta: Cuál es la esperanza
que canta en las tardes más puras de abril?

¿O será lo mismo que la adivinanza
que dice en su yermo la esfinge senil,
como quien pregunta: Cuál es la esperanza
que llora en las noches más tristes de abril?

Doncellas, vosotras apenas doncellas,
recién florecidas para la ilusión,
que creéis en todas las palabras bellas
que os vuelcan los hombres en el corazón:

Si tenéis amores decidme qué es eso.
Decidme: Miradlo, así es el amor.
Decidme: Es un canto. Decidme: Es un beso...
O dádmelo al beso, que será mejor.

Entre tanto afirmo con ciencia oportuna
que el amor es trance de frivolidad,
mera telaraña que enredó la luna
por las arboledas de la soledad.

Amor, barca de oro, ya no hay marineros,
ya no hay marineros que quieran remar.
Amor, barca de oro, ¡ay de tus remeros!
Barca, por ser de oro te hundes en el mar.

Amor, cisne blanco, amor, sólo existes
en el lago iluso por magia lunar.
Creemos que amamos cuando estamos tristes;
mojamos los labios, dejamos de amar.

Amamos, si amamos, lo que es desvarío,
lo que está remoto, lo que no será.
Allá—murmuramos—allá está lo mío...
Corazón que amas, no llegues allá.

Que el amor logrado se torna vacío;
de abiertas redomas la esencia se va.
Mejor se conserva la huella en el río...
Mejor la escritura que en el agua está...

Quien de golondrinas la visita espera,
mire que en invierno se le ausentarán.
Abramos balcones en la primavera
a las golondrinas que nunca vendrán!

Oh, pero vosotras no hagáis caso de eso,
doncellas...Mi estrofa qué sabe de amor!
El amor es canto, decid, canto y beso...
O dádmelo al beso, que será mejor.

DISPARIDAD

Quién me dijo un día?..Tú dijiste un día:
Vamos a la iglesia, rezaremos juntos.

¡Rezaremos juntos! ¡La vieja manía
de afligir el alma con hondos asuntos!

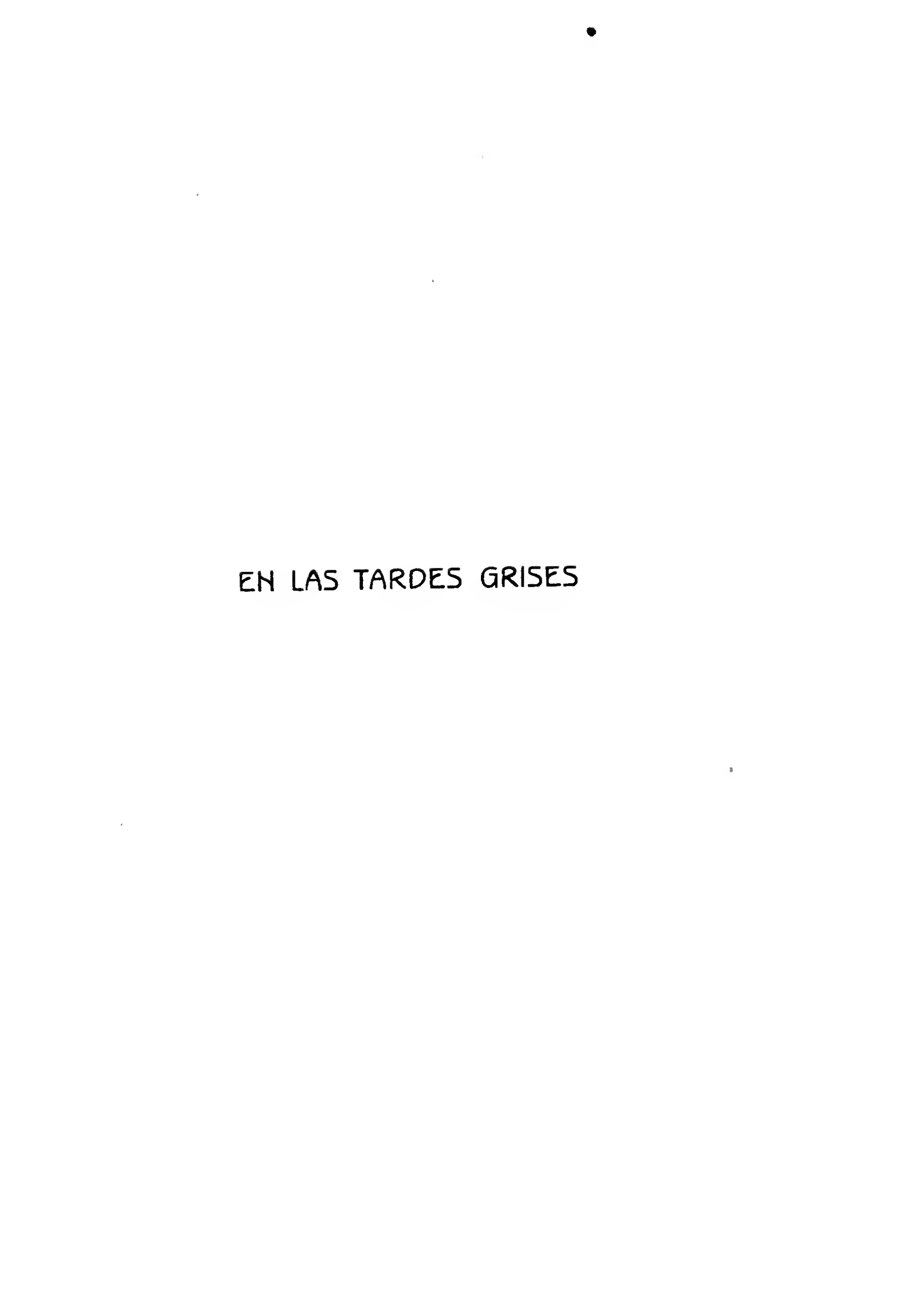
Quién te dijo un día?.. Yo te dije un día:
Hay cosas mejores que haríamos juntos.

EL DULCE SECRETO

En el album de Ema Malbrán.

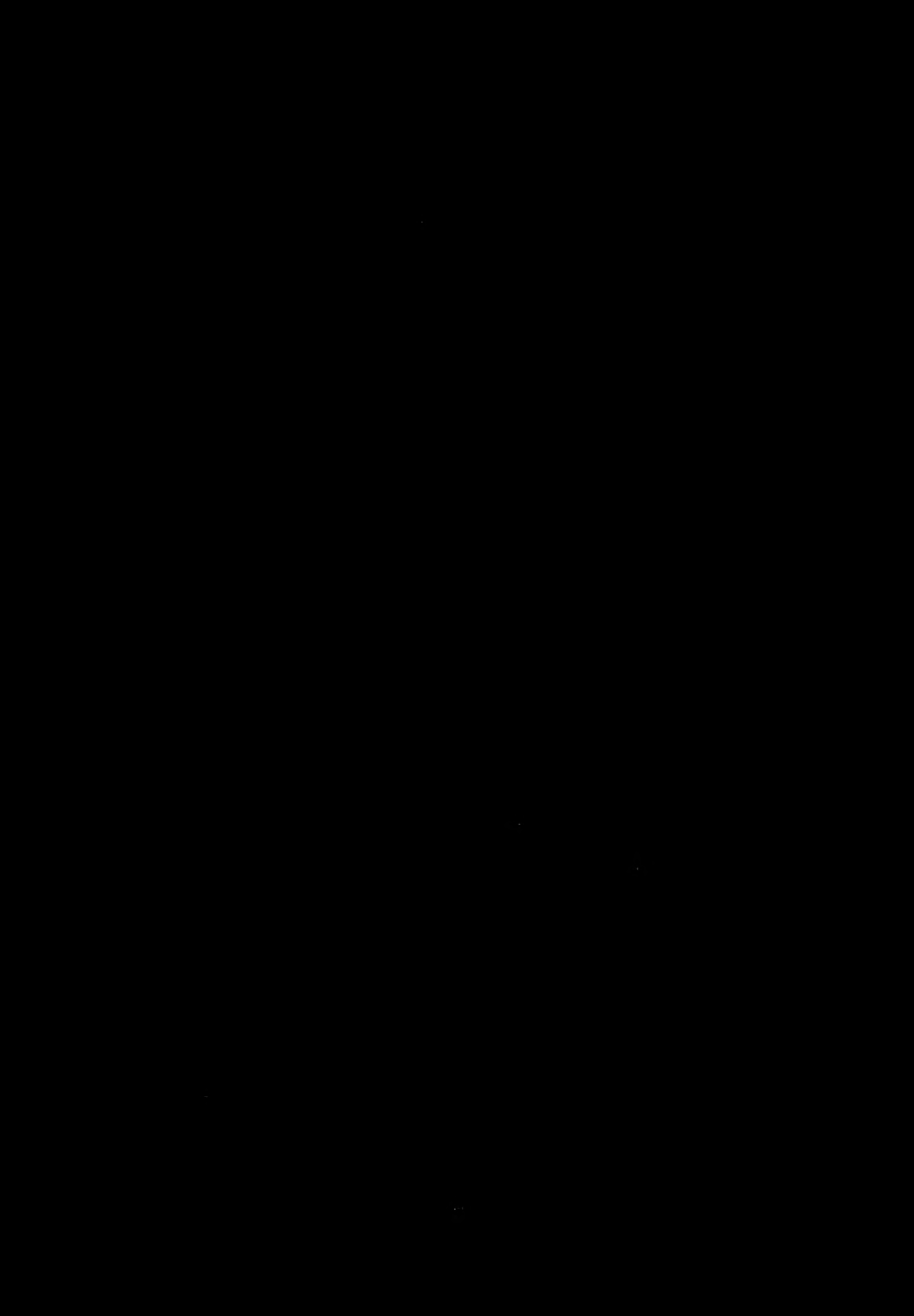
¡Qué lindas las flores que a tu novia llevas!
—decían.—Amante y amado también,
entre las más lindas cortas las más nuevas,
y le haces coronas que le sientan bien.

Qué te da tu novia cuando se las brindas?
—decían.—Callando, siempre callarás?
Y yo contestaba: ¡Muchas cosas lindas!
Pero si las digo, no me dará más.



EN LAS TARDES GRISES


OPinto. 913.



Da gloria la estatua marmórea, debajo
del follaje: es toda carne de jazmín.
Mira atento ahora: no se mueve un gajo.
La estatua es el alma quieta del jardín.

LA HORA INMÓVIL

DA GLORIA...

Da gloria la estatua marmórea, debajo
del follaje: es toda carne de jazmín.
Mira atento ahora: no se mueve un gajo.
La estatua es el alma quieta del jardín.

Viene aquí en las tardes el que da la estrofa
que nido ha de hacernos en el corazón.
Viene aquí en las tardes el que filosofa,
el que bien nos siembra su desilusión.

Gloria al libro y gloria también a la estatua.
Lauros en la frente del divino autor!
Ah, pero así mismo, todo es gloria fatua.
No es siempre de artistas la gloria mejor.

La vida con artes no se hace más buena.
Nada hay más divino, dicho en puridad,
que en el nido de otros, en la casa ajena,
ser autor de un poco de felicidad.

VENDIMIARIO

A Benjamín Palacio, hijo.

Por qué no busco la salud! —Qué hago!
Por qué no busco mi salud! — Qué espero!
Todos gozan su vino, trago a trago;
yo solamente de esta sed me muero.

Por qué no busco la salud que besa,
que ríe, que se embriaga, que enamora,
la salud luminosa, que es traviesa
y es ágil como viento de la aurora!

Hasta cuándo mi frente taciturna
se ha de hundir en el polvo del desierto!..
Mi alma ya no es un alma. Es una urna.
Y yo--bien me lo sé—parezco un muerto.

Verdad que a veces con ufano brío
la breve gloria de vivir me hechiza.
Pero eso me hace daño, me da frío:
un frío de tiniebla y de ceniza.

Y todo a causa de la misma cuita
de ayer, de ahora y siempre...Y todo, todo,
a causa de la cosa pequeñita
que en mi porfiado amor halló acomodo.

Pero al fin qué me importa, qué me importa
de esa historia trivial?..En vano pierdo
mi pobre tiempo...La existencia es corta.
Sí, sí! Pero se alarga en el recuerdo.

El recuerdo es mi perro y es mi sombra.
—A mi dolor de ayer, dónde lo entierro?—
El recuerdo es un eco que me nombra.
El recuerdo es mi sombra y es mi perro.

¡Si yo viviera al fin, si yo viviera!
¡Si yo sanara al fin, si yo sanara!
Eso sería fácil si pudiera
nacer de nuevo bajo el alba clara.

Y todos tan felices, tan apuestos
que vuelven del festín, los labios tintos!
¡Cómo colman el mimbre de sus cestos
con la fruta en sazón de sus instintos!

Uva negra negrea en los parrales.
Y ya, vencidas por argucias nimias,
dan su amor las doncellas pasionales,
al narcótico olor de las vendimias.

Oh, la uva negra en los foliales limbos!
Oh, el musical susurro de cigarras!
Oh, novios coronados de corimbos,
amándose a la sombra de las parras!

Hoy el sol bienhechor enciende rosas,
—¡generoso señor de maravillas!—
allá por las penumbras nemorosas
y en el sano marfil de las mejillas.

¡Oh, dadme, dadme la salud que besa,
que ríe, que se embriaga, que enamora,
la salud luminosa que es traviesa
y es ágil como viento de la aurora!

———

NOCHE MALA

Debe ser casi el alba. Todo el fino
ramaje del jardín azul se ha puesto.
Mis camaradas se han callado, y ellas,
las compañeras, ya no ríen; creo
que ya no ríen... Una luz muy vaga
se está posando ahora en los objetos:
Veo un sofá, dos sillas, y quién sabe
qué estoy viendo en el fondo del espejo...

Lleva ahora chirriando por la calle
su carreta fragante el verdulero.
En el frío del alba canturrea
campesina canción que da contento.

Notad. Los centinelas todavía
velan cuadrados en sus mismos puestos,
con la pupila alerta para que otros
se puedan ir de viaje por los sueños.
He oído pasar frente a las puertas
las patrullas nocturnas. Mal despierto,
creí que me buscaban, que venían
por mí: no sé qué cosas de los sueños...

Pienso en los panaderos que amasaron
el pan de cada día. Tibio y nuevo,
recién salido del calor del horno,
es bendición en los canastos llenos.
Ya sin duda se han ido por las calles
con su limpia merced los panaderos.

Nosotros, entre tanto, nada hicimos,
y ellos obras altísimas hicieron.
La patria con toda obra se engrandece.
Ahora, por nosotros, vale menos...

Hasta los que han dormido, con dormirse
algo mejor que esta torpeza han hecho.
A lo menos, mañana estarán fuertes
y pasarán en paz sus pensamientos.

Nosotros nos quemamos todavía
a fuego manso en llama del deseo;
nos dormiremos con el sol muy alto,
con sol ya bajo nos levantaremos.

¡Ni que fuéramos dueños de las horas!
¡Ni que estuviera bien gastar lo ajeno!

PARQUE DE LOS SUICIDAS

A José Pinto, hijo.

Parque, cómo se nota que envejeciste mucho!
En tu rumor profundo que en santa paz escucho;
en tu inmutable tedio de largas ramas quietas;
en que te faltan lirios y te sobran violetas;
en el dolido arrullo con que tu fuente brota
con no sé qué amargura de llanto en cada gota;
en lo azul de tus grutas, en lo gris de tu arena,
de esta arena en que un día grabé con tanta pena
entrelazados nombres que desató el destino...
Y más que todo en este solitario camino
donde vagabundeo y tu rumor escucho,
¡parque, cómo se nota que envejeciste mucho!

Y bien, eres temible, viejo parque. Por eso
estás tan solo!.. Ha tiempo que ni siquiera un beso
de fácil gente alegre suena entre tu arboleda...
Has perdido el recuerdo de los trajes de seda
y de los abanicos de sándalo...Y tu alma
está toda en tu muerte, está toda en tu calma
monótona de historia perdida en el pasado...
Qué sabes ya, siquiera, del amor alunado
o del tranquilo ensueño de aquellas almas bellas
de quienes dijo Hugo: Duermen en las estrellas?...

En cambio, viejo parque, aunque no me lo cuentes,
yo sé lo que comentan tus follajes dolientes,
cuando todas tus hojas tiritan una a una
al ilusorio peso de la luz de la luna.
No en vano tienes miedo de la muerte. No en vano
te encorvas ya, te encorvas y tiemblas, bosque anciano.
No en vano tienes miedo de morirte, y si alguno
llega a verte, tú sientes que tu ramaje bruno
se aprieta, y le preguntas a la primera racha:
Dime, dime, no viene un hombre con un hacha?

Oh, pero lo más triste no es eso, parque, es esto:
Te has vuelto impenetrable, taciturno; te has puesto
casi maligno, y quieres que contigo se muera
todo aquél que visite tu soledad austera...

Yo no sé qué serpiente se enrosca y desenrosca
por aquí; pero a causa de alguna cosa fosca,
ya en tres albas teñidas de rojo, tres poetas
amanecieron muertos en tus grutas secretas,
contagiados de sombra y embriagados de abismo;
y ahora, parque, quieres contagiarme a mí mismo
de tu mal, de tu pena, de tu fiebre, de tu...
de tus hechicerías.... Y ahora buscas tú
que yo también te entregue la cabeza suicida...
Mal parque, más pareces caverna anochecida!

Tu guardián es ahora sepulturero acaso?
Anoche el viejo guarda vino a cerrarme el paso,
y me dijo: No venga, no venga más, no quiero,
no quiero!—Y bien, no tiene razón tu jardinero?
Oh, tu guardián que es bueno me lo ha contado todo.
El dice que reías carcajeante y beodo
en la hora del crimen, que fue una hora malva
y sobre malva, roja, en que nacía el alba.

Sé bueno. Sea ahora como antes tu espesura,
limpia de toda sangre; dócil, suave y tan pura
o más pura que antaño. Sé tranquilo, sé fuerte,
y alfómbrale de rosas tus sendas a la muerte.

Bueno es también un cisne silencioso que enarque
su cuello en tu laguna más apacible, parque;
un cisne que te oficie de sacerdote ungido
en el dolor que sufres y en el dolor sufrido...
Yo he de traerte un cisne que el albo cuello enarque;
pero tú serás bueno...Me lo prometes, parque!

REMORDIMIENTO

Hace frío en la noche desierta!
Azul de cenizas se quedó la brasa!
Bueno. Ahora yo cierro mi puerta,
me escondo en mi cueva, me guardo en mi casa.

Nadie venga a buscarme a mi encierro.
Si muero, que digan este desvarío:
Una vez había en un hueco un perro,
y el perro en el hueco se murió de frío.

Con tantas andanzas — bien y malandanzas—
perdí tiempo en lerdas peregrinaciones,
desde el bosque rosa de las esperanzas
hasta el lago de oro de las ilusiones.

Hoy después de aquellas bien y malandanzas,
y después de tantas peregrinaciones,
se marchitó el bosque de mis esperanzas,
se me secó el lago de las ilusiones.

Sólo queda, amigos, el mal que yo he hecho,
un mal tan astuto, tan firme, tan mío,
que en él puse todo lo que hay en mi pecho
de sombra, de pena, de muerte y de hastío.

Cien almas, mil almas por mi daño gimen;
que así es esta culpa de larga y de ancha.
No hay Jordán que me lave mi crimen.
No hay agua que pueda borrarme esta mancha.

Mi verso asesino, mi verso perjuro
ha sido una flecha bien envenenada.
No hagáis versos, poetas; yo os juro
que hacer versos es cosa malvada.

Yo herí con mis versos un alma infinita,
con verso cobarde que espera y que acecha.
¡Maldita la estrofa de rima maldita!
¡Maldito el arquero que empulga esa flecha!

Hacer versos, poetas, es cosa
tan vil que es preciso dejar que los haga
no más que el prosaico cargado de prosa,
o el que cubre con flores su llaga.

Por esto, poetas, yo hago mi verso,
y practico estas obras manchadas,
este crimen rimado y perverso,
este modo de dar puñaladas.

Mas dejo que el tiempo me humille y me venza,
y sea un alfanje sutil que traspasa.
Yo mismo, yo mismo me tengo vergüenza...
Por eso yo mismo me encierro en mi casa.

EN LA HORA DE LA MUERTE

Yo quisiera en la hora de la muerte,
al decir mi suprema despedida,
estar sereno como cumple al fuerte
y alejarme sonriendo de la vida.

Que fuera invierno. Que en la muelle alfombra
todo paso importuno se extinguiera.
Que fuera noche, y que en la muerta sombra
una llovizna lánguida cayera.

Las manos de ella entre mis yertas manos...
Algún amigo artista en mi retiro...
Mis recuerdos borrosos y lejanos...
Luego, sonriendo, mi final suspiro.

Algún amigo artista que me vuelva
a la edad del amor, ya en lontananza,
en un verso en que se hable de una selva
florecida de mirtos de esperanza.

Oír un verso que al amor alabe;
y así por santidad de estrofas bellas,
antes que todo para siempre acabe
irme a mariposear por las estrellas.

Poder hablar sin que el horror me aturda
hasta que yazga el corazón vacío,
y a los dominios de la muerte absurda
llegar después como el cristal de un río.

Decir: Señor, la vida que me has dado
tuvo frutos hieráticos y opimos;
pero ya estoy de más: ya me he embriagado
bajo el huerto estival de los racimos.

Decir: Señor, yo he sido árbol derecho
que al caminante con su fronda ampara.
¿Y el corazón que se me heló en el pecho?
¡Mi corazón fué como fuente clara!

Decir: Señor, la cuesta ha sido ruda,
pero tuvo también su primavera...
—Yo quisiera todo esto cuando acuda
Caronte con su barco a mi ribera.

Que nadie llore en torno de mi lecho.
Que haya serenidad en todo el acto.
Llorando o sin llorar se cumple el hecho...
Y es mejor no llorar. Esto es lo exacto.

Morir, y que el morir sirva de ejemplo
a la perpetua grey de almas alumnas.
Decirles: Id a edificar el templo...
No miréis que se caen mis columnas.

BENDICIÓN A LA CASA

Desde aquel rudo tiempo en que la roca nueva
dábale al hombre casa, como quien dice cueva,
cada hombre hirsuto y basto, al erigirla en dote,
cumplió siempre una previa misión de sacerdote.
Tomar casa era tanto como elevar altares
y encender lumbre para los dioses tutelares,
de modo que viviera la simbólica llama
como ser que en efecto piensa, palpita y ama.
Por eso le ofrendaban en religiosas fechas
primicias del ganado y flor de las cosechas,
arroz y leche y tortas de miel clarificada,
la fruta del verano, la mies de la otoñada...
Y los hombres vivían de los más sabios modos,
y era su casa alegre y abierta para todos.

Yo también, cuando un día prudentes albañiles,
de los que bien consultan la ley de los ediles,
levanten poco a poco los eurítmicos muros
que a un mismo tiempo sean hermosos y seguros;
frente al prodigio sacro de arcilla y de argamasa,
diré místicamente: Yo te bendigo, casa.
Casa mía, mi esfuerzo te edificó; tú eres
gloria de mis afanes, prez de mis quehaceres.
Yo mismo he sido un poco tu albañil. Mis desvelos
ya previeron tus lisos ladrillos paralelos.
Mi constancia de todos los días regulares
trazó en ideales líneas tus perpendiculares,
porque fue mi constancia como justa plomada
vertical sobre el plano del agua reposada.
Miran hacia el oriente tus puertas y balcones
y hasta en eso traduces mis viejas aficiones.
Yo te bendigo ahora y noble fe me abrasa
¡oh mi vida hecha piedra, oh mi verso hecho casa!

Esto diré. Entre tanto no ha llegado la hora;
pero siembro en mis campos a la luz de la aurora,
lleno de la sapiente voz del Eclesiastés:
el sembrar es primero y el cosechar después.

AUNQUE SOY BUENO

Sí, yo soy bueno, cierto, bueno,
y complacido en mi bondad,
guardo perdón en el sereno
remanso azul de mi piedad.

Pero aunque bueno o más que bueno,
dudo de serlo siempre más;
pues qué haré yo con el veneno
que me van dando los demás?

LA ESTATUA

Y aquella estatua en el jardín antiguo?..
Aquella estatua del dolor, tan hosca?..
Qué haremos del dolor de aquella estatua?..
Quién mitiga un dolor plasmado en roca?..

Oye, a la estatua del jardín, que tiene
la frente oscura y la mirada torva,
pongámosle en la sien doble guirnalda
y la flauta de Pan vibre en su boca.
Así, bajo las crespas arboledas,
su frente oscura y su mirada torva,
cobrarán un sentido misterioso,
una belleza renovada y honda.
Parecerá la estatua un dios flautista
que en transparentes músicas se arroba,
y hasta ha de haber pastores que se aduerman
al arrullo ilusorio de sus notas...

———

ZOROASTRO

A Julio Deheza, hijo.

Nació el buen Zoroastro muriéndose de risa.
Los parsis exclamaban: ¡Qué claro cascabel!
¡Qué ciencia de la vida! ¡Qué noción tan precisa!..
De puro distraído, yo no nací como él.

En un minuto erróneo llegué en serio a la vida,
y hasta fuí triste y hasta fuí lúgubre y cruel.
En el festín ha dicho mi voz arrepentida:
Oh, rompedme, rompedme las copas de aguamiel.

Mas ya que no he nacido de tan sapiente modo,
oh jocundo profeta, te imitaré al morir.
Cuando la muerte venga a llevárselo todo,
de puro distraído me soltaré a reír.

AJEDREZ

A Antonio Barraza.

Jaque !. . Gran juego, y cómo se parece a la vida!
Por un mito nos damos una inflexible ley.
Las dos filas de piezas, lo mismo, en la partida
no tienen otro oficio que defender su rey.

Y luego, quien no sabe ser ágil y certero,
quien peca por ingenuo, quien yerra por febril,
desequilibra el justo juego de su tablero
y pierde unas tras otras las piezas de marfil.

El que no se recubre de una apariencia opaca,
el que no es, siendo buho, como el buitre además;
ese ni gloria obtiene ni beneficio saca:
hay que llegar de lado, hay que caer de atrás.

¡Ay del que fue romántico en la partida fútil!
Bien le urdirá el destino su estrecho jaque hostil,
y bien que dirá entonces en aflicción inútil:
Yo moví mal mi torre, yo mudé mal mi arfil.

A causa, siempre a causa de un sino traicionero,
de un jaque de caballos muere el rey tutelar.
Y nos quedamos torvos frente al simple tablero
de la vida, a la última lumbre crepuscular.

ARANYAKA

A Diógenes Ruiz, hijo.

No creáis que dejo de querer a veces
alejarme de estos mis afanes pobres:
pobres alegrías, pobres esperanzas,
tan pobres por cierto de realizaciones.

Noto que en las horas como en agua aurífera
se me escurre el oro que en las horas corre.
Voy logrando de ellas lo que poco importa,
lo que logran hasta las bestias feroces.

Marcho hacia la dicha por erróneos rumbos;
mis ansias no la hallan donde la suponen.
Con los espejismos me confundo siempre
como el camellero del desierto etiope.

¡Ah, si yo pudiera dejar lo que hoy amo:
arrimo de cosas y de corazones;
afán en que al cabo somos unos y otros,
tan pronto engañados como engañadores!

Entonces me iría con virtud de asceta
a la selva virgen, lejos de los hombres.
Meditando haría camino de vida,
pues la vida es obra de meditaciones.

Y en vez de estos libros de artificio fútil,
en que tantas veces lloré mis amores,
os daría, hermanos, mi lección de asceta,
mi sabio Aranyaka, mi libro del bosque...



EN LAS ÚLTIMAS TARDES

LETANÍAS DEL DESEO

Principio y fin de todas, de todas mis ideas:
¡ Qué habrá que en tí no viva ! ¡ Qué será que no seas

Impulso mío, intento de mis buenos quereres:
piedra preciosa, piedra preciosa : tú lo eres.

Para mi orgullo afrenta, para mi audacia estigma :
diamante ajeno ! estrella lejana ! eterno enigma !

Diamante, estrella, enigma, dulce armonía exacta,
granada milagrosa, granada siempre intacta.

Torre hacia donde mando palomas mensajeras,
torre ante quien se inclinan rendidas mis banderas.

Luna en mi noche, luna poniente, luna ingrata:
Luna: tu mirar de oro y tus cuernos de plata!

Palmera en el desierto de esfinges agoreras.
Palmera en el desierto. Más: jardín de palmeras.

Agua que si cs bebida vuelve a los hombres sabios.
Agua, de no beberte secos están mis labios.

Aunque la sed me diste, la sed con que me abraso,
yo no probé del vino de tu divino vaso.

Yo no probé del vino, yo no probé del vino.
Y hasta dijiste: Masca del polvo del camino.

Piedad, quc estoy sediento; piedad, que estoy herido;
dame a beber al menos nepentes del olvido.

Diamante primoroso de arista firme y clara:
precio de sangre, precio de sangre te pagara.

Fruta de mis deseos y de mi desventura:
bendito el que tu nombre grabe en mi sepultura.

Jardín silvestre donde las ramas se hacen nudos:
yo apartaba rosales con los brazos desnudos.

Como hace en la columna la prieta enredadera,
te enroscas y me envuelves y eres mi vida entera.

Madero mío, negra cruz de mi sacrificio:
estar crucificado, éste será mi oficio.

Dardo de plata, fiera saeta en mi costado:
¡A qué más me lastimas, si ya estoy traspasado!

PRESENTIMIENTO

Sólo un instante más y no habrá nada.
Tal es la sensación de este momento.
Parece que de pronto fuera a hundirme
en el fondo fantástico de un sueño...
Siento mi nada en mí...Cuando se apaga
mi lámpara sin duda siente esto.
Mis empresas más firmes se hacen humo.
Mis esperanzas se hacen humo negro.
Mi vida toda entera es una vana
escritura en el agua y en el viento...
Traidora hostilidad busca mi daño.
De mis amigos me vendrá el veneno.
Detrás de alguna mata en el camino
se apostó aquél que va a saltarme al cuello...
Y me digo, crispado de zozobras:
Nada bueno se puede esperar de esto...
Y con oscuro horror, no bien lo digo,
se dobla mi alma de presentimientos.

LOS MALOS SIGNOS

A Rafael Alberto Arrieta.

Amigo, ciertamente hay malos signos.
Todo me inquieta de superstición.
Como lechuzas se entran los malignos
presentimientos en mi corazón.

Así como la tarde cuando cae,
así toda mi vida triste está.
Hay como una guadaña que me rae,
Hay como una esperanza que se va.

Yo mismo siento que estoy más ligero.
Soy viajero que al viaje se aprestó.
Cada instante parece el postrimero,
que se corta la cuerda del reló.

Viene a mis labios la palabra justa,
el buen consejo, la lección final.
Me quedo fuerte de entereza augusta:
no es dolor mi dolor ni es mal mi mal.

Pues frente a todo mi dolor sufrido,
como nenúfar quieto es mi perdón.
Y hasta se gusta ya sabor de olvido
en los racimos de mi compasión.

MOMENTO

Ella... aquello... Qué ha sido?.. Poco a poco
mi memoria se borra, se me apaga.
—¡Así sea!—Y de pronto siento grandes
deseos de reír a carcajadas...
A carcajadas!.. En volutas leves
mi conciencia se esfuma, en una gasa
de simples espirales,—¡así sea!—
mientras quiero reírme a carcajadas.
Apenas, vagamente, torpemente,
viene a mí la maldad de su mirada,
que es como un tul helado que me cubre,
como un helado tul que me amortaja!
Y oigo su voz, oigo su voz que suena
diciendo: No!.. pero no entiendo nada,
si bien en un relámpago renuevo
el lívido estupor de todo el drama.

No...no...no...Como un ruido de aldabones.
No...no...no...Como golpe de campanas.
No...no...no...Como son de cascabeles...
¡Y me suelto a reír a carcajadas!

CLARO

¿Quién culpará a tu amor trocado en sombras
que en el ocaso vagan,
ni a dónde está el artífice que inventa
lámparas de virtud que no se apagan?

¿Qué culpa tendrás tú si se te seca
una rosa en la mano,
si en el reloj fatal giran las horas,
si el sol se oculta en el alcor lejano,
si cada golondrina al fin se va,
si amor que se me dió no se me da?...
¡Qué culpa tendrás tú de lo que sufro
porque así escrito está!..

CADA VEZ MÁS SOLO

Cada vez más solo!
Cada vez más grave mi fatalidad!
Llueve, y como llueve
se ahonda la pena de mi soledad.

Llueve, y mientras llueve
a la única amada la vuelvo a evocar.
Y bajo la frente,
y cierro los ojos que están por llorar.

Para siempre solo!
Hora mía, cierto, frustrada te vas.
Pero viene un día
en que los que duermen no despiertan más...

CUANDO TE ENMARIDES...

Guzlas y atambores, cuando te enmarides,
guzlas y atambores se concertarán.
Cantarán las guzlas y los atambores
tamborilearán.

Nupciales cortejos, cuando tú te cases,
nupciales cortejos te cortejarán.
Tus suaves mejillas con rosas rosadas
se sonrosarán.

Fiesta por la tierra, fiesta por el cielo!
El cielo y la tierra te festejarán.
Feliz profecía los sabios profetas
profetizarán.

Campanas de plata, cuando tú te cases,
campanas de plata lo pregonarán;
campanas que ríen, campanas que al viento
el alma le dan.

Música a los cielos, música a la tierra
cuando te enmarides música dará
el corazón mío que, tocando a muerto,
tamborileará...

EN VANO

¡Cuánto verso de amor, cantado en vano!
¡Oh, cómo el alma se me torna vieja
cuando me doy a recordar la añeja
historia absurda del ayer lejano!

¡Cuánto verso de amor, gemido en vano!
Primero, fue el nectario, y yo la abeja...
Después mi corazón halló en tu reja
la amarga nieve que lo ha vuelto anciano.

¡Cuánto verso de amor, perdido en vano!
—Hoy están mis ventanas bien abiertas;
hay sol...hay muchas flores...y es verano...

Pero da pena ver, junto a mis puertas,
en un montón de mariposas muertas,
¡tanto verso de amor, llorado en vano!

ALGUNOS JUICIOS

SOBRE LA OBRA DEL AUTOR

ALGUNOS JUICIOS SOBRE LA OBRA DEL AUTOR

Ernesto Mario Barreda ha escrito:

« . . . Es una poesía recia, ululante, metafísica, pero tan humana y vivida, que nos impresiona de un modo rápido y profundo.

«Cuando se tamicen los turbiones de dolor y de lecturas en su espíritu, nos ha de demostrar este poeta, que lleva dentro de si mucho de eso que no se caza con pega-pega retórica . . .

«Este es el juicio sintético que sobre Capdevila escribí hace más de un año. Mi opinión ha sido confirmada. Sólo nos queda esperar confiados su obra del futuro». (Nuestro Parnaso, t. IV, p. 145).

Francisco Contreras, en el «Mercure de France» ha dicho:

«Entre los poetas nuevos, el argentino señor Arturo Capdevila es, sin duda, uno de los más interesantes. Es un verdadero temperamento y un artista delicado. Fuerte y doloroso, ha implorado la inspiración de Melpómene, la musa fatídica de la Tragedia, la de «mejillas pálidas» y ojos «mucho más tristes que todas las estrellas». Pero no lo ha hecho para resucitar un neo-clasicismo de máscara y de coturno imposibles, en que se obstinan todavía algunos poetas europeos: lo ha hecho espontáneamente para traducir la angustia de su alma poseída por el Dolor y obsesionada por la Muerte . . . », etc.

De «El Diario Español»:

«El autor ya muy celebrado de «Jardines Solos» y de otras colecciones de bellísimas poesías, que dan fe de un estro tan original como robusto, agrega hoy a la serie de volúmenes que viene publicando año tras año,

uno más, que no tanto por intitularse «Melpómene», o haber sido escrito bajo su divina invocación, como por encerrar verdaderos tesoros de inspiración y de pensamientos delicados, ha de merecer en justicia, una acogida entusiasta y hasta una consagración definitiva para Arturo Capdevila, considerándole quizás como el más genial de los poetas argentinos de este tiempo».

De Manuel Gálvez (hijo):

« . . . Su libro, como lo indica el título de «Melpómene, canta casi exclusivamente asuntos trágicos. El poeta perdió en poco tiempo de distancia a sus padres; y estas muertes inspiran sus mejores versos. «Melpómene» es un libro impregnado de dolor; de un dolor profundo, afligente, comunicativo, un hondo dolor de hombre; que no se expresa en sentimentalismos ni en lágrimas femeniles. Libro trágico, tiene yo no se qué de tragedia pagana, hasta el «consuelo metafísico» de que hablaba Nietzsche Sin tener aspecto sereno, una apariencia de calma—que tal vez provenga del dolor que quiere dominarse, — le da en ciertas composiciones por lo menos, la línea clásica. La congoja interior está expresada con firmeza y sin el palabreo romántico o decadente. Me estoy refiriendo a tres o cuatro composiciones, principalmente a la titulada «Santificado sea !» en la que lamenta la muerte de su padre. Es admirable esta composición. Hay en ella una grandeza, un poder trágico sumamente raros en composiciones de este género. Es algo doliente, funerario, luctuoso. El autor, con esa sabiduría inconsciente del sentimiento profundo, ha acumulado una suma tal de elementos patéticos, que la impresión resulta intensísima. Me he acordado, al leer estos versos, de aquella poderosa página que es la «Plegaria por la muerte de Sigfredo» en el «Crepúsculo de los Dioses». No trato de comparar a Capdevila con Wagner, pero creo que el solo hecho de recordar una de las más extraordinarias páginas de arte que haya producido el dolor humano, es el mejor elogio que puede hacerse al joven poeta. Esta composición sobre la muerte de su padre, me parece única en la literatura americana. Sin parecerse a nadie, sin descubrir influencia de ningún poeta americano ni extranjero, Capdevila me ha producido «un estremecimiento nuevo». Y es que el dolor siempre es nuevo; y además porque después de tantas novedades literarias no querer ser nuevo es ya serlo . .

. . . .

Arturo Capdevila es un gran poeta y creo no aventurar nada afirmando que ningún escritor joven de este país tiene en su alma tanto tesoro de poesía. Bajo el punto de vista técnico me parece que este poeta no

tiene ya nada que aprender. Su verso es perfecto. Capdevila, además, posee el Verbo. Sus versos corren espontáneos, límpidos; su idioma es el que conviene a su poesía . . . etc.—(La Revista de América, julio de 1913).

Aunque no contengan propiamente un juicio, corresponde incluír las siguientes palabras de Martín Gil pronunciadas en un banquete:

«Querido poeta: señores:

«Toda fiesta tiene su color característico. Las fiestas políticas se conocen desde luego por su marcado tinte a gato barcino; las sociales o mundanas, lucen toda la cromática de las piedras falsas; las patrióticas tienen el color de la bandera; en las fiestas nupciales, predomina el color rosa con un fondo lejano gris-violáceo, precursor muchas veces de tormenta. En fin, las fiestas canallescas se caracterizan por su color rojo-plomizo.

«Ahora bien; se me preguntará ¿cuál es el color de la nuestra? Señores: el color de las fiestas del espíritu siempre ha sido y será el blanco puro: el color de los cirrus, de la nieve, de los cisnes, de la flor del aire; en una palabra, el color de la verdad. Porque así como en el blanco están confundidos todos los colores, en la verdad encuéntranse ocultos, en estado potencial diríamos, los más nobles y bellos matices del espíritu.

«Ahora bien, en esta sencilla fiesta de espíritus flamantes, tersos y lucientes como espadas, no debieran tomar parte activa ni los viejos, ni los hombres de bigote algo maduro. Contándome yo entre estos últimos, debo «comprimirme» como el personaje de la Verbena, limitándome tan sólo a brindar por el blanco triunfo de nuestro querido poeta Capdevila Igarzábal, realmente heroico en esta época de desorientación, de guaranguería y desparpajo; en estos tiempos en que jóvenes doctores y muchos botarates de frac y guante blanco hablan a gritos en los teatros, justamente en los pasajes más delicados de la obra, haciendo gala de su brillante imbecilidad; o dirigiendo su automóvil tempestuosamente. atronando el aire con el alarido salvaje de la sirena, como para que no se dude de que pasa un indio. . . », etc.

De «La Capital»:

«Es un libro pagano y de místicas rebeldías. Su autor, Arturo Capdevila, cuyo solo nombre es garantía para la bondad de la producción, pone en los versos de «Melpómene» el sello original de la forma literaria que

cultiva y una ardorosa inspiración que los hace intensos y sentidos. Acaso sea ésta la característica más grata del nuevo libro, en el que ante todo revela su autor, sentimiento poético e imaginación, aunque no siempre disciplinada a la corrección del concepto; pero en cambio, siempre frondosa, exuberante y cálida.

. . . .

«Hálitos de tragedia flotan en todos los cantos de este libro, con sugerencias inquietantes. La fuerza descriptiva es, a veces, tan plena de concisión que adquiere poder fascinador».

De «La Libertad»:

«Arturo Capdevila se impone hoy con todos los atributos que preconizara Carlyle, cuando haciendo la apología del *vate*, definiera lo que éste es y lo que debe ser» . . . .

. . . .

«Y bien, en «Melpómene» el subjetivismo, por el carácter del libro, no *empaña* el verso, aparte de que en Capdevila hay más que lo suficiente de quilates . . . hay un temperamento lírico formidable, de lo más eminentemente lírico entre nuestros poetas jóvenes».

Folco Testena, en «La Patria degli italiani» ha emitido este juicio:

«Es un clásico o un romántico el señor Capdevila ? No lo sé bien, pero poeta es. Es clásico casi siempre por la solemnidad del pensamiento. por la austeridad de su concepto de la vida, por la onda de un dolor trágico que envuelve sus cantos, sin exhibir los pequeños dolores inherentes a la vida humana.

« . . . Los alejandrinos del «Pórtico» que dan entonación a la obra corren ligeros, aun demostrando cuán cuidadosa y perfectísima labor de cincel les ha dedicado el autor.

« . . . Melpómene» contiene versos que son poesía y pensamientos de un hombre que es poeta».

De «La Prensa»:

«El título del libro de poesías que acaba de publicar su autor, el señor Arturo Capdevila, no es obra de la arbitrariedad ni exponente de la libertad de elección con que los padres imponen a sus hijos el nombre de sus simpatías. «Jardines Solos», en este caso, traen ráfagas perfumadas al espíritu del lector y rachas de otoño por entre el follaje amarillento de las hojas que comienzan a caer.

« . . . Libro de impresiones vividas y de situaciones imaginativas, concede a la literatura el espacio suficiente para convencer al lector de las especiales aptitudes del señor Capdevila..., etc.

De «Las Ultimas Noticias» de Santiago de Chile, al transcribir «Oda Panteista»:

«El último número de «La Revista de Derecho, Historia y Letras» fundada y dirigida en el Plata por el Dr. Estanislao S. Zeballos, trae la bellísima poesía que damos más abajo, en que su joven autor, don Arturo Capdevila, se nos da a conocer como nn poeta de excelsa inspiración y sentimiento, y que desde luego constituye una brillante realidad para las letras americanas. Esta poesía de fuerza y nervio, llena de rica miga, es la que nos está haciendo falta para contrarrestar el avance del modernismo ridículo de los poetas vacuos de que está plagada la literatura del continente» (28 de Marzo de 1913).

De «La Voz del Interior»:

«Melpómene» es toda una revelación; el jalón clavado en la senda que lleva directamente a las cumbres; el fruto que dice de la bondad del huerto; la evidencia precisa y terminante de la solidez del empuje; el aletazo magistral que pone de manifiesto la potencia de las alas que se baten rumbo a lo alto, con seguridad de águila dominadora del espacio» . . .

« . . . Arturo Capdevila es hoy el primer poeta de su género. Estampamos el sintético juicio con toda la tranquilidad de la expresión consciente y meditada . . . », etc.

Juan Mas y Pi en «La Razón» de Montevideo ha escrito:

«De Córdoba viene Arturo Capdevila, una de las inteligencias más fuertes y nobles de la nueva generación argentina . . .

«Poeta vigoroso, escritor intachable, posee además altísimas cualidades morales que bastarían para enaltecerle si el mundo no requiriera pruebas prácticas de toda afirmación de esa índole.

«Retirado en su ciudad natal, viviendo una existencia de trabajo, Capdevila mantiene su prestigio entre la nueva generación que le respeta y admira. Suyos son algunos volúmenes de versos, que de haber sido escritos en Buenos Aires y pacientemente preparados por un hábil combinador de éxitos, habrían asegurado a su autor fama inmediata. Pero Capdevila es incapaz del bajo menester de la reclame y ha dejado que sus libros se abrieran camino por sí solos, confiando en sus propias bondades. «Melpómene», publicado hace un par de años, le consagró gran poeta.

« . . . Sincero, no ha puesto en su obra más de lo que había sentido, y por ésto muchas de las páginas de «Melpómene» han de perdurar, sintetizando el dolor trágico del abandono.

«Trabajador infatigable, enviado al congreso estudiantil de Ithaca (E. U.), suyo fue aquel gesto magnífico que obligó a los estudiantes latinos a protestar de ciertas incorrecciones cometidas, volviendo por el buen nombre de la raza. Y ahora, a poco de regresar, nos sorprende con una nueva obra, «Dharma», en la que estudia la influencia del Oriente en el derecho de Roma, etc.»

De «Nosotros», con firma de Alvaro Melián Lafinur:

«Trágicos son, en efecto, los poemas encerrados en este libro extraño, a cuyo frente el nombre de la musa rugidora evoca el gesto doloroso y terrible de su máscara . . .

« . . . Versos armoniosos, rotundos y severos en su forma, pues el señor Capdevila construye sus alejandrinos con impecabilidad parnasiana, son por otra parte sentidos y verdaderos en su esencia . . . », etc.

De la Revista «Pallas»:

«La tristeza es la musa de este poeta. Un dolor desesperado, quizá inhumano por lo violento, nace de todas sus estrofas. Íbamos a decir que la vida moderna afina los sentimientos hasta el punto de darles la suavidad de la seda, y que la cultura ha transformado el grito en gemido y el llanto sin consuelo en queja muda. Pero nada más arriesgado que interpretar sentimientos ajenos. El señor Capdevila sufre su dolor y lo canta en versos vibrantes» . . .

De Arturo Pinto Escalier:

«En Capdevila hay algo más que un simple poeta, y esto ya es algo en nuestra indolencia moruna: hay la envergadura de un gran talento servido por una fuerte voluntad y por una laboriosidad admirable que, desde luego, traduce su fe en el arte, lo que ya es milagroso en este nuestro triste siglo de descreídos.

« . . . Por eso Capdevila trabaja y lógicamente vence, se impone. Él sabe bien cómo es huera esta nuestra aparatosa literatura actual, teñida con las violetas de una sensiblería desusada, afeada por las cabelleras cerdudas de tantas princesas como nos han cantado.

« . . . Y por todas estas razones, que tan al desgaire hilvano, se ha propuesto con energía que ya triunfa, ser algo más que un glosador de ajenos sentimentalismos, hacer algo más que la mediocre poesía triunfante». . .



ÍNDICE

ÍNDICE

PLÁTICAS CON NENÚFAR A LA HORA DEL CREPÚSCULO

VERSOS QUE ESCUCHÓ NENÚFAR :

EN LAS TARDES SERENAS :

En las tardes grises :

En las últimas tardes :

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Este libro de versos, que rimó Arturo Capdevila, fué impreso en el año 1915 en los talleres gráficos de Vicente Rossi, su excelente amigo. El y los buenos compañeros de la imprenta pusieron arte y cariño en la obra. Lo editó la Sociedad Cooperativa «NOSOTROS» de la ciudad de Buenos Aires. Octavio Pinto dibujó de manera primorosa cuatro rincones del jardín de Nenúfar. Esteban Lazárraga delicadamente hízolos trasladar a la estampa, con los cuidadosos operarios de Jacobo Peuser. Se acabó de imprimir el 18 de mayo, día fausto para el autor. ¡Ojalá todo esto haya sido hecho para mayor bien de los hombres!